

Homilía del 14 de noviembre de 2021, 33º domingo

Hoy es el último de varios domingos en los que nuestra segunda lectura es de la Carta a los Hebreos. Los últimos pasajes, incluido el de hoy, se centran en el tema del sacerdocio de Cristo. Él es nuestro gran sumo sacerdote. Un sacerdote ofrece sacrificios. Los sacerdotes del Templo ofrecían sacrificios continuamente. Esto no era sólo porque el pueblo necesitaba constantemente dar gracias y pedir perdón. También porque los propios sacerdotes eran imperfectos y pecadores.

Pero Cristo es infinito, es perfecto y nunca cometió pecado. Por lo tanto, su sacrificio no fue algo que necesitara para sí mismo. Su muerte en la Cruz, que entendemos como Sacrificio al Padre por nosotros y por todos los hombres, es perfecta y pura. Todas sus gracias se desbordan hacia nosotros. Es el Sacrificio Perfecto. Y es un acontecimiento único.

El Santo Sacrificio de la Misa no es nosotros ofreciendo repetidamente un nuevo sacrificio al Padre. La Eucaristía es nosotros, una y otra vez, entrando en el único gran sacrificio de acción de gracias que el Hijo ofreció al Padre. La Misa es Dios permitiéndonos entrar en el único gran sacrificio de la Cruz. Unimos nuestro sacrificio de pan y vino al sacrificio perfecto de Cristo de su Cuerpo y Sangre. Y Él nos da ese sacrificio como alimento, fuerza y unión.

=====

Dado que ésta es la última de nuestras lecturas de la Carta a los Hebreos, es un buen momento para hablar de las últimas cosas y de los finales en su conjunto.

La próxima semana es la fiesta de Cristo Rey. Comienza la última semana del Año Litúrgico. El Año Litúrgico termina dentro de dos semanas.

Cuando hablamos de un final, lo hacemos de dos maneras.

El primer significado que le damos a un "fin" es que cuando algo termina, se detiene, se finaliza. Los juegos terminan. Las historias tienen una frase final. En una pieza musical Hay una nota final. Todas las personas tienen un último día en la tierra hasta que llegue la Resurrección.

Considerar que hay un final para cada uno de nosotros es una invitación a asegurarnos de que estamos preparados; de que nos concentramos en lo más importante.

El segundo significado de la palabra "fin" tiene que ver con su propósito. Cuando hacemos algo, tenemos un producto final en mente. Los fines son metas, son objetivos. Algunos expertos en gestión del tiempo hablan de "empezar pensando en el final". Utilizan el ejemplo de cuando una persona no quiere trabajar duro para llegar a la cima de la escalera y descubrir que está apoyada en la pared equivocada.

Todos tenemos un fin, o un propósito. Hemos sido hechos para Dios. Cristo nos ha dado la orden de seguir su mandato de Amor. La Iglesia lo ha explicado con más detalle en cómo nos comportamos, cómo adoramos y en qué debemos creer. Todo esto es para llevarnos a nuestro a un final, a una nuestra meta. Ese es el objetivo. Mantener la vista en el objetivo nos hace ir en la dirección correcta. Ambos significados de la palabra "fin" se aplican a nosotros. Nuestro fin son nuestros últimos momentos. Y nuestro fin es el destino deseado por Dios para nosotros. Queremos que estos dos significados se conecten, que se encuentren, que sean el mismo. Recordar que tenemos un final es recordar que tenemos un propósito para el que Dios nos ha hecho.

=====

En cuanto al final de los tiempos, la gente olvida a veces que las descripciones de Nuestro Señor incluyen lo que termina nuestro Evangelio de hoy:

“Nadie conoce el día ni la hora...solamente el Padre”.

Y cuando se olvidan, se distraen tratando de averiguar cual será el final, en lugar de centrarse en el objetivo hacia el que se dirige.

=====

Esta semana hemos celebrado la fiesta de San Martín de Tours. San Martín nació en el año trescientos dieciséis. Fue un militar que se hizo cristiano y vivió como ermitaño, monje y obispo.

El Oficio de Lecturas tenía una descripción de sus últimos días. Les comparto algo de estas lecturas.

Martín conoció con mucha anticipación su muerte y anunció a sus hermanos la proximidad de la disolución de su cuerpo. Entretanto, por una determinada circunstancia, tuvo que visitar la diócesis de Candes.

Existía en aquella Iglesia una desavenencia entre los clérigos, y, él deseaba poner paz entre ellos,

Permaneció por un tiempo en aquella población o comunidad, donde había establecido su morada. Una vez restablecida la paz entre los clérigos, cuando ya pensaba regresar a su monasterio, de repente empezaron a faltarle las fuerzas; llamó entonces a los hermanos y les indicó que se acercaba el momento de su muerte. Ellos, todos a una, empezaron a entristecerse y a decirle entre lágrimas: «¿Por qué nos dejas, padre? - Sabemos que deseas estar con Cristo, pero un retardo no hará que se pierda ni disminuya tu premio;

Entonces él, conmovido por este llanto, lleno como estaba siempre de entrañas de misericordia en el Señor, se cuenta que lloró también; y, vuelto al Señor, dijo tan sólo estas palabras en respuesta al llanto de sus manos: «Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rehúyo del trabajo; hágase tu voluntad».

¡Oh varón digno de toda alabanza, nunca derrotado por las fatigas ni vencido por la tumba, igualmente dispuesto a lo uno y a lo otro, que no tembló ante la muerte ni rechazó la vida!

A partir de ahí, todo sigue su curso. Pero esa es una buena línea para recordar con respecto nuestro final, y nuestro fin:

“que no tembló ante la muerte ni rechazó la vida!”

Que también vivamos de tal manera que la gente pueda decir de nuestro amor cristiano y de nuestra esperanza evangélica en el cielo que: "No tememos morir ni nos negamos a vivir".